**GAZTELANIA DBH 2**





**La expulsión de Jorge**

Jorge fue expulsado

La profesora de Sociales, que es también nuestra tutora, nos dio la noticia durante la última clase. Nos habló en un tono seco que no suele emplear con nosotros, como si estuviese leyendo el acta de una reunión. En realidad, dijo, a Jorge no lo habían expulsado, porque no podía expulsarse a un alumno en un sistema de enseñanza que era, por ley, obligatorio. Solo lo habían trasladado a otra escuela donde, con toda probabilidad, haría exactamente las mismas cosas que aquí, o peores, hasta que lo enviaran a otra. Y luego a otra, hasta que un día, algún colegio se negara a matricularle.

-Con la falta de colegios que hay, no es justo que Jorge ocupe la plaza de un alumno que quiere aprender y no pueda simplemente porque no haya una vacante -repitió muchas veces, como si buscase una justificación para la actitud del colegio, más allá que la justificación que la ley otorgaba.

Y prosiguió:

-Por lo demás, lo llamaron a dirección, junto con sus padres. Pero solo vino él, porque sus padres no podían y tenían otras cosas que hacer, según dijo. No parecía arrepentido en absoluto de las cosas que había hecho estos dos años. Se atrevió incluso a volverse hacia mí y preguntarme: “¿Usted cree que me interesan para algo la cosas que oigo aquí a diario? En cuanto cumpla catorce años, me pondré a trabajar. En la estiba, o en cualquier otro sitio, me da igual. ¿Para qué necesito yo los verbos, los microscopios, las notas de música, todas esas tonterías?

No hace falta saber gramática para terminar borracho en cualquier rincón como mi padre”. Y salió por la puerta, sin decir nada más. Yo ya había advertido a los miembros de la dirección de que Jorge era un caso perdido. Y ahora han tenido la oportunidad de comprobarlo por sí mismos. Lo oyeron todos, y por boca del propio Jorge.

Era curioso, pero me dio la impresión de que parecía contenta. A partir de ahora, sus clases ya no serían interrumpidas nunca más, ni veríamos a Jorge entrando por la ventana, ni docenas de aviones de papel volarían por encima de nuestras cabezas. Todo volvería a estar en calma, en perfecto orden.

Se acariciaba despacio el medallón de coral que llevaba colgado del cuello, mientras repetía:

-Bueno, ya lo sabéis todos, ya os habéis enterado.

Que un chaval de trece años anduviese por ahí fuera, sin colegio,ni hogar, ganándose cachetes y pasando hambre, parecía no preocuparle en absoluto.

-¿Crees que Jorge podrá volver? -pregunto bajito a Isabel, que está a mi lado.

-Creo que no -responde ella.

-Seguro que a esta misma hora su padre ya le está sacudiendo…

Pero la profesora oye el murmullo y levanta la cabeza para ver quién ha hablado. Se me olvidaba que esta clase iba a ser, a partir de ahora, una clase perfecta. Una clase de treinta cabezas sosegadas, ejemplares, el orgullo de todo el colegio. Una vez expulsado Jorge, la profesora podrá dormir al fin tranquila todas las noches.

Parece mentira que fuera ella quien, todavía no hace mucho tiempo, nos hablaba del Año Internacional del Niño. Nos había dicho lo importante que era que pensáramos en los niños de todo el mundo, y que se respetaran sus derechos y los derechos de todos los hombres. Recuerdo que hasta nos dictó un texto, que todos escribimos en nuestros cuadernos, y que venía en uno de esos libros que trae todos los días a clase.

Hojeo las páginas del cuaderno hasta dar con lo que busco.

“Si la familia vive en un ambiente sano, el niño crecerá también de forma sana; sin embargo, hay niños que nacen en medio de la miseria, de la ignorancia, de la rudeza de la vida, y que quedarán marcados para siempre por esas circunstancias”.

Me quedo pensando si no sería mejor expulsar esas “circunstancias” en lugar de expulsar a Jorge. Me gustaría decírselo a la profesora. Pero estamos tan lejos la una de la otra...

Alice Viera

Portal 12, 2º centro

Bruño









